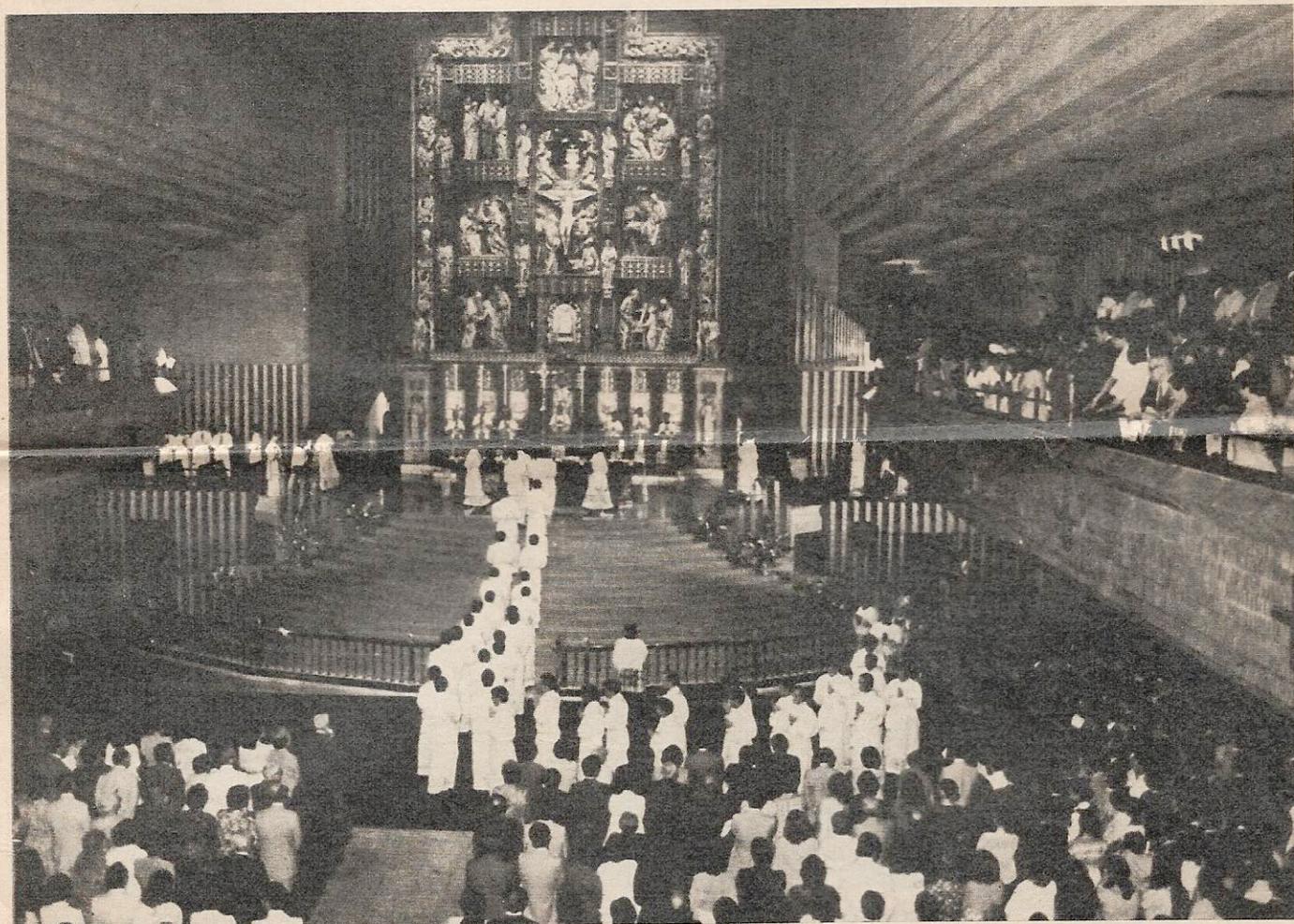


ORDENACIONES EN TORRECIUDAD



AL terminar la solemne ceremonia, la explanada del Santuario era una fiesta. Allí estaban representados todos los países de donde proceden los nuevos sacerdotes y a donde marcharían en seguida para ejercer su ministerio sacerdotal. Había familias y personas de Colombia, Filipinas, Estados Unidos, Japón, México, Holanda, Brasil, Chile, Italia, Alemania,

El pasado día 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, un grupo de profesionales, socios del Opus Dei, fueron ordenados sacerdotes por el Cardenal Oddi, Prefecto de la Sagrada Congregación para el Clero, en el Santuario de Nuestra Señora de los Angeles de Torreciudad, cerca de Barbastro (Huesca).

Argentina, Nicaragua, Guatemala y España. Era una muestra palpable de la universalidad del Opus Dei (1).

Entre todos llamaban más la

atención los rasgos orientales de Takeiti Jukawa y de los que le rodeaban. Takeiti Jukawa se hizo ingeniero de caminos en Brasil, investigó en el tratamiento de aguas industriales en Kioto y su **hobby** son los idiomas: sabe japonés, inglés, portugués y español, y algo de italiano. Sus padres son budistas. El se bautizó hace catorce años.

«Las monjas que me prepararon para recibir el bautismo —explica— me habían dicho: ahora tienes que buscarte un sacerdote, un director espiritual, que termine tu formación. Y lo encontré en un centro del Opus Dei, donde comencé a tener auténtica dirección espiritual».

Poco más allá recibía felicitaciones el cirujano mallorquín, don Bernardo Oliver, que ha ejercido durante varios años y obtuvo el título necesario para poder ejercer la Medicina en USA y Canadá. Ahora, se dedicará a la cura de almas y seguirá sirviendo a la Iglesia, igual que hacen todos los socios y asocia-

(1) Como se sabe, el Opus Dei fue fundado el 2 de octubre de 1928 por monseñor Escrivá de Balaguer, de cuyo fallecimiento se ha cumplido el quinto aniversario recientemente. Su cuerpo reposa en la cripta del oratorio de Santa María de la Paz, en la sede central del Opus Dei, en Roma. El Opus Dei cuenta con más de 70.000 socios de ochenta nacionalidades.

das de la institución, «porque —como afirma su actual Presidente General, Doctor Don Alvaro del Portillo— el servicio a la Iglesia es la única razón de ser del Opus Dei».

El alemán Johannes Grohe, hijo de un funcionario del Ayuntamiento de Treveris, estaba especialmente contento. Estaba muy feliz de encontrarse de nuevo en Torreciudad: «En 1976 vinimos un grupo de profesionales y universitarios alemanes para rezar a la Madre de Dios y acercarnos al Sacramento de la Confesión, que eran los dos fines queridos por monseñor Escrivá de Balaguer para Torreciudad. He podido comprobar el gran bien que nos hizo a todos aquella visita».

Los que desde hace veinte años seguimos el atletismo reconocíamos al tres veces olímpico Luis Felipe Areta. Con su serenidad característica atendía a varios de los atletas que, en sus tiempos, estuvieron también en el candelero: Ignacio Sola («El Perti»), José Luis Torres, José Luis Martínez, Bartolomé. Areta saltó en las Olimpiadas de Roma (1960), Tokio (1964) y México (1968). En Tokio obtuvo el sexto

puesto en la final de salto de longitud. Es licenciado en Filosofía y Letras y periodista y explicaba a un colega que le entrevistaba, cómo su caso era igual al del resto de los nuevos sacerdotes: todos acababan de abandonar gustosos su oficio para dedicar, en adelante, todas las horas del día al ministerio sacerdotal y servir, desde él, a la Iglesia y a las almas, secundando siempre con amor las directrices de la jerarquía eclesiástica.

También deportistas

En otros grupos se oía hablar el inglés con claro acento norteamericano. Allí estaba Joseph Francis Babendreier, de veintiséis años, nacido en Washington. Es el segundo de una familia de 15 hermanos y está enormemente contento de pertenecer a tan gran familia. Hablando con él en visperas de la ordenación me contaba la alegría que le produjo oír los discursos del Papa en Estados Unidos sobre la familia: «Me impresionó darme cuenta de cómo mis padres habían practicado las virtudes que el

Papa pedía; siempre he agradecido a mis padres su generosidad para tener los hijos que Dios les ha ido enviando».

Es ingeniero químico y recuerda con simpatía el tiempo en que se dedicó a ser representante de la Xerox Co.: «Vendí muchas máquinas en Manhattan, aunque esto costó un poco al principio. El último mes de mi trabajo fue el mejor en ventas y los directivos de la compañía intentaron convencerme para que siguiera. A mí también me costó bastante dejarlo».

Peter Armenio es otro norteamericano de los que se acababa de ordenar sacerdote. Es biólogo y durante tres años ha investigado en Harvard, publicando varios artículos científicos y asistiendo a varios congresos de su especialidad. También es buen deportista: obtuvo varias medallas en campeonatos universitarios de atletismo y natación. Sus aficiones son las jardinería y la literatura.

En otro grupo estaba Francisco Ugarte, uno de los ocho mexicanos que habían recibido la ordenación sacerdotal en esta ocasión. Nació en Guadalajara hace treinta y tres años y cursó

sus estudios de Filosofía en la Universidad Autónoma de México. Se ha dedicado durante varios años a la docencia, en centros como la Universidad Panamericana de México y el Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresa de México. Nos dice que siempre le ha gustado el deporte, «llegando a recibir una oferta para dedicarme profesionalmente al fútbol». «Conocí la obra —comenta— en Boston, viéndolo en una residencia dirigida por socios del Opus Dei. Me llamó la atención el alto nivel humano y la seriedad profesional de aquellos estudiantes y el respeto al modo de ser de cada uno. Al volver a mi ciudad natal, comprobé que el espíritu del Opus Dei, con el ambiente de familia —de trato afectuoso y sincero, de preocupación por las cosas de cada uno— era el mismo». Y añadía: «Mi deseo fundamental es ejercer al máximo, a tiempo completo, mi nueva profesión. Me doy cuenta que en México existe una gran inquietud religiosa. Quiero llegar a todos y de modo especial, porque ese ha sido mi mundo, a los universitarios de mi país. Tengo la experiencia de que el

Areta publicó un artículo en el n.º 1 de MUNDO CRISTIANO

Además de atleta, es filósofo y periodista. Como colegas suyos nos alegramos muy especialmente de su ordenación sacerdotal y le felicitamos desde estas páginas. Nos ha divertido volver a leer el artículo que publicó en esta revista, en el número 1, de febrero de 1963; en él contaba desde Roma cómo se preparaba para las Olimpiadas de Tokio. Pipe Areta tiene ahora treinta y ocho años y ya es don Luis Felipe. Es de San Sebastián, hijo de un electricista, estudió, obtuvo por sus méritos becas y participó en las Olimpiadas de Roma, Tokio y México. Su «record» de triple salto en pista cubierta sigue imbatido. Fue medalla de oro en los Juegos Iberoamericanos y en los Juegos del Mediterráneo. En 1963 fue designado el «Mejor Deportista del Año». En 1972 se retiró de la alta competición por hernia discal. En 1974 le ofrecieron la presidencia de la Federación Nacional de Atletismo y no la aceptó pues estaba muy centrado en su trabajo profesional, dedicado a tareas educativas. Fue director del Centro Cultural Cuatro Caminos desde donde abrió extensiones culturales en barrios periféricos de Madrid y pueblos de La Mancha. Últimamente estaba en Sevilla trabajando en fomento de centros de enseñanza y asesorando a la Escuela Deportiva Al-tair. Areta grabó varias canciones en un disco que se vendió bien y ha escrito giones de cine.



Esta foto ilustró su artículo en el número uno de Mundo Cristiano.



Areta, abanderado en unos Juegos del Mediterráneo. Detrás de él, con el ánfora, el nadador Torres.



En las pistas de la Ciudad Universitaria, de Madrid, haciendo un triple salto.



Un aspecto de la salida del Santuario después de la ceremonia.

universitario mexicano que se acerca a los medios de formación que facilita el Opus Dei, entendiéndose en seguida que para ser santo en medio del mundo necesita adquirir un hábito serio de laboriosidad. Y junto a ella, las demás virtudes cristianas: una vida de piedad recia y profunda, llena de un gran amor filial a la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra».

Uno de los representantes de América Central es Hervé Solé, nacido en Ciudad de Guatemala hace treinta y ocho años. Es ingeniero y ha ejercido su profesión en diversas empresas de su país. Durante los tres últimos años ha sido director del **Centro Universitario Ciudad Vieja**, donde conoció el Opus Dei. «**Ciudad Vieja**, —comenta— es una labor apostólica que proporciona una sólida formación cristiana en el ámbito que la rodea. Allí viven 130 residentes, procedentes de Guatemala y de toda Centroamérica. Libremente, participan de los medios de formación de la Residencia, formándose en un espíritu de servicio y ejercitando las virtudes cristianas que, lo he comprobado muchas veces y me he llevado grandes alegrías, les ayuda a ser muy útiles a la sociedad donde vivan. Esto se puede ver incluso antes de que se gradúen y abandonen **Ciudad Vieja**. Así, desde 1976 y por iniciativa de la Asociación de Amigos y de los residentes, **Ciudad Vieja** ayudó de forma importante a la reconstrucción de Sajcavilla,



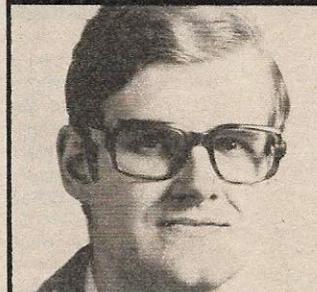
Roberto Latorre, filipino, con los suyos.



TAKEITI JUKAWA.



BERNARDO OLIVER.



JOHANNES GROHE.



J. F. BABENDREIER.

una aldea destruida por el terremoto de 1976. Una vez concluida esa primera etapa, seguimos ayudando a sus habitantes, asesorándoles, dirigiendo cursillos de albañilería, fontanería, etc. Los residentes se forman así en una mentalidad de servicio, sin descuidar sus deberes profesionales e intentando sobrenaturalizar todo lo que hacen».

Hervé Solé me expresaba el día anterior su alegría por recibir la ordenación sacerdotal en Torreciudad, Santuario que es fruto del amor a la Virgen del Fundador del Opus Dei. «En este lugar —añade— se reza muy bien. El Señor y la Virgen están muy cerca. Me alegra pensar que desde su inauguración han pasado por aquí más de dos millones de personas. He visto, durante los días que he pasado aquí, muy frecuentadas las capillas de los confesionarios y me he acordado de los deseos de monseñor Escrivá de Balaguer al promover la construcción de este Santuario: que personas de todo el mundo y de toda raza y condición social rezaran a Nuestra Madre y se acercaran a Dios a través del Sacramento de la Confesión».

Un historiador holandés

Al holandés Rutger Jan Rutgers también le reían los ojos mientras se secaba el sudor de la frente y recibía felicitaciones. En

la víspera me había confiado: «Tengo muchas ganas de volver a mi país, y ayudar a todos los que me rodeen a acercarse al Señor, a la fe». Rutger Jan tiene veintinueve años, es historiador y habla siete idiomas: neerlandés (el suyo), inglés, francés, alemán, español, italiano y latín. Ha cursado sus estudios en Holanda, Inglaterra y Suiza.

«Conocí el Opus Dei—me dijo—de un modo aparentemente casual: había decidido ir a estudiar a Friburgo, y me dirigí con mi padre, protestante, a la Embajada suiza en La Haya para pedir información sobre alojamiento para estudiantes. Así conseguí la dirección de la Maison du Bo-

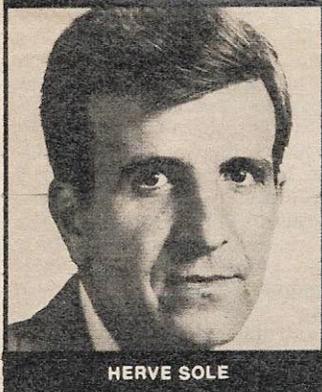
sacerdote mi sobrino, porque 1980 es el año del 50 aniversario de la fundación de la sección de mujeres del Opus Dei». Efectivamente, es un hecho que estaba en la mente de todos, como estaba, también, en todos los corazones la presencia de monseñor Escrivá de Balaguer. Con motivo de este 50 aniversario, el Papa Juan Pablo II dirigió una carta al Doctor Don Alvaro del Portillo, actual Presidente General del Opus Dei, en la que recordaba «la inolvidable figura de monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, cuyo corazón vibró con gran celo por la Iglesia y, al mismo tiempo, por la humanidad contemporánea» y mos-



PETER ARMENIO



FRANCISCO UGARTE



HERVE SOLE



RUTGER JAN RUTGERS

urg, una residencia dirigida por socios de la Obra. Me gustó mucho el ambiente de familia cristiana que allí se vivía, respetando en todo momento la libertad de cada uno. Aprendí a trabajar en serio, cara a Dios, recibí una sólida formación doctrinal y vi cómo podía mejorar en tantas virtudes humanas. Comprendí con claridad que debía ayudar a los demás, a los que estuvieron a mi lado por cualquier motivo. No podía quedarme con todo aquello que recibía para mí sólo.»

«A mi nueva profesión, si cabe expresarse así, le dedicaré todas las horas del día. Como nos enseñó nuestro fundador, es preciso seguir estudiando mucho, orientar espiritualmente a las almas, administrar los Sacramentos.»

Mientras se iban, una señora comentaba a otra: «no se me olvidará el año en que se ha hecho

traba su deseo de que las asociadas de la Obra «en plena fidelidad a Cristo y a la Iglesia, en el espíritu de las normas y orientaciones dadas por el venerado fundador, en leal y sincera colaboración con la jerarquía, continúen ofreciendo un constante y creciente testimonio de fe cristiana, limpia y fuerte, en la sociedad actual». Y refiriéndose al fallecimiento del Fundador del Opus Dei acaecido hace cinco años, el Doctor Don Alvaro del Portillo escribió en el «ABC» del 29 de junio pasado: «Cinco años después de su muerte, la fama de santidad de monseñor Escrivá de Balaguer se ha extendido por todo el mundo y son millones las personas que rezan la oración aprobada por la autoridad eclesiástica para la devoción privada».

Antonio ALCOLEA



ASSUMPTA est María in coelum, gaudent Angeli! (1). María ha subido al Cielo con cuerpo y alma, y los Angeles celebran el triunfo de su Reina.

Hoy la Iglesia en la tierra se une al júbilo de los bienaventurados, al gozo de Cristo, que sale al encuentro de su Madre. Nos llenamos todos de júbilo, en el Cielo y en la tierra. Por eso, mis palabras han de tener a María como centro, como punto de referencia del que no quisiera apartar la mirada.

En este Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad, Ella nos preside con su corte de ángeles, y bendice a los 58 socios del Opus Dei que van a ser ordenados sacerdotes e iniciarán su ministerio acogidos a su intercesión poderosa. Ella sonríe también a cuantos habéis tenido el inmenso privilegio de que un hijo, un hermano, un pariente vuestro, reciba el Sacramento del Orden Sacerdotal. La Madre de Dios se une a vuestra alegría y a mi alegría. Y, muy cerca de nuestra Madre, con el mismo cariño que os tenía en la tierra, os mira lleno de júbilo vuestro Fundador. No me resulta difícil imaginármelo, con sólo pensar en la alegría de vuestro actual Presidente General, Don Alvaro del Portillo, que me habló con gozo de sacerdote y de padre de esta ordenación vuestra.

Y pensando en la fiesta que hoy celebramos, ¿cómo no dirigimos a la Santísima Virgen en agradecimiento y en petición de ayuda? Si, ya que estamos en su casa, acudamos a María: que Ella sea la interlocutora de esta oración, para que la plegaria de todos por los nuevos presbíteros de la Iglesia llegue hasta su Hijo, el Sumo y Eterno Sacerdote.

¡Virgen Santa de Torreciudad, Reina de los Angeles, que en este Santuario acoges a tantos millares de peregrinos! ¡Tú—mediadora de todas las gracias—haces posible que cada año se renueve esta solemne ceremonia! Una vez más, un grupo de profesionales de todo el mundo—de hijos tuyos en el Opus Dei—se disponen a recibir el Presbiterado, con el único deseo de servir a la Iglesia, al Romano Pontífice y a todas las almas. ¡Gracias, Madre Nuestra, por estas vocaciones que tanto necesita el pueblo de Dios!

Ellos quieren ser—como escribió su inolvidable Fundador, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer— **sacerdotes 100 por 100** (2), es decir, ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios (3). Sólo eso. Conservarán, si, la mentalidad laical, secular, que es característica común de todos los socios de la Obra, pero se presentan ante el mundo

HOMILIA DEL CARDENAL ODDI EN TORRECIUDAD

Reproducimos el texto de la homilia pronunciada por el cardenal Silvio Oddi, prefecto de la Sagrada Congregación para el Clero, en la ordenación de sacerdotes, el 15 de agosto, en el Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad.

únicamente como sacerdotes. Saben que su misión específica es la de comunicar, como maestros de la fe, el pan de la Palabra y, desde hoy también, la de distribuir en calidad de ministros del culto el perdón, la gracia, la santidad (4).

Te pedimos, Virgen Inmaculada, que quienes hoy confirman su entrega al servicio de tu Hijo sean siempre fieles a este espíritu. A partir de ahora, cada uno tendrá el poder inmenso de realizar el sacrificio eucarístico **in persona Christi** (5), porque —como ha recordado, recientemente, el Santo Padre (6) con frase del Fundador del Opus Dei— **por el Sacramento del Orden, el sacerdote se capacita efectivamente para prestar a Nuestro Señor la voz, las manos, todo su ser; es Jesucristo quien, en la Santa Misa, con las palabras de la Consagración, cambia la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo, su Alma, su Sangre y su Divinidad** (7). Haz, Madre de la Iglesia, que su entera existencia sacerdotal esté condicionada por este sello indeleble que los convierte en otros Cristos; que su conducta diaria refleje, como en un espejo, la vida de tu Hijo; que en Él encuentren su identidad, su alimento, la razón de ser de su tarea en medio de los hombres. Te pedimos, con palabras del Fundador del Opus Dei, que des a todos los sacerdotes la gracia de realizar santamente las cosas santas, de reflejar también en nuestra vida las maravillas de las grandezas de Dios (8).

Queridos ordenandos: sé que esta oración mía a la Madre de Cristo es también vuestra oración; que, en efecto, estáis decididos a servir al pueblo de Dios en todas las diócesis en donde trabajéis, con el mismo empeño que habéis puesto hasta ahora en el ejercicio de vuestra profesión secular. Para vosotros, el sacerdocio no supone mayor entrega, sino sólo un nuevo modo de servicio. Pensad, sin embargo, en las características singulares de la misión que vais a recibir. Habéis de ser, como Cristo mismo, buenos pastores de vuestros hermanos los hombres. Y las palabras «El Buen Pastor da su vida por las ovejas» (Jn. X, 11), escribía el Santo Padre Juan Pablo II «¿no se refieren tal vez al Sacrificio de la Cruz, al acto definitivo del sacerdocio de Cristo? ¿No nos indican, tal vez, a todos nosotros, a quienes Cristo Señor mediante el Sacramento del Orden ha hecho participantes de su sacerdocio, el camino que también nosotros debemos recorrer? ¿Estas palabras no nos dicen tal vez que nuestra vocación es una singular solicitud por la salvación de nuestro prójimo, que esta solicitud es una particular razón de ser de nuestra

vida sacerdotal? ¿Que precisamente es ella la que da sentido, y que sólo a través de ella, podemos encontrar el pleno sentido de nuestra propia vida, de nuestra perfección y de nuestra santidad?» (9).

Al leer estas palabras del Santo Padre, pienso especialmente en el servicio que prestaréis a tantos millares de almas, dedicando muchas horas de vuestra jornada a administrar el Santo Sacramento de la Penitencia.

No necesito insistiros en que la Iglesia precisa de sacerdotes que estén plenamente disponibles para impartir el perdón en nombre de Cristo, para ayudar y dirigir a las almas, una a una, porque cada alma es una joya rescatada a gran precio (10): al precio de toda la Sangre redentora de Jesús.

Se equivocan quienes afirman que el hombre moderno no necesita de este maravilloso Sacramento. Los fieles, hoy más que nunca, buscan —quizá sin saberlo— al «médico» que cure y restañe las heridas del pecado; al Maestro que forme sus conciencias; al Pastor que les aconseje, que guíe a cada uno por su propio camino en nombre del Buen Pastor. Es un «derecho particular del alma —escribió S. S. Juan Pablo II—, es el derecho del hombre a un encuentro más personal con Cristo crucificado que perdona, con Cristo que dice, por medio del ministro del Sacramento de la Reconciliación: tus pecados te son perdonados (Mc. II, 5); vete y no peques más (Jn. VIII, 11)».

Me da alegría recordar esta doctrina tan diáfana, precisamente aquí; con qué ilusión pensó Mons. Escrivá de Balaguer que Torreciudad fuese un lugar donde los peregrinos acudiesen a purificarse, a renovar su vida por medio de la Confesión!

Permitidme un recuerdo personal: yo, que he tenido la inestimable fortuna de conocer y tratar al Fundador del Opus Dei, entiendo perfectamente que los milagros que pedía a Nuestra Señora de Torreciudad fueran conversiones, propósitos firmes de entrega, un rejuvenecimiento espiritual de quienes se acercasen a la Madre de Dios. Por eso quiso que se pusieran esas amplias Capillas de confesionarios, donde sin duda tantos milagros escondidos opera la Virgen Santísima.

Hace un año, el Presidente General de la Obra en su homilia con motivo del cuarto aniversario del tránsito de Mons. Escrivá de Balaguer, pedía en la Basílica de Santa María la Mayor una «catequesis mundial sobre la Confesión». Agradezco con toda el alma a Don Alvaro del Portillo que me haya invitado a ser el ministro de vuestra ordenación,

brindándome también la oportunidad de recordaros a vosotros, queridos ordenandos, que tenéis un puesto insustituible en esta gran catequesis: deberéis ser Cristo que perdona, Cristo que limpia, que consuela, que sacia al hombre con la alegría honda que sólo nace de la Cruz.

Pero, ¿cómo conseguir que estos propósitos no os abandonen jamás? Lo lograréis si, siempre y en todo momento, procuráis estar unidos a Nuestro Señor. Una unión que será cada día más firme, en la medida en que ejerzáis vuestra labor sacerdotal como buenos hijos de vuestro Fundador, **consummati in unum** con la persona e intenciones del Padre que os ha legado y al que amáis con el mismo afecto filial: filiación que es garantía de la eficacia de vuestra misión en servicio de las almas, de la Iglesia, como os enseñó e insistió Mons. Escrivá de Balaguer.

Ahora recibiréis el Presbiterado y, al consagrar por primera vez el Cuerpo y la Sangre de Cristo, renovaréis incruentamente el Sacrificio de la Cruz. Pensad que, junto a esta Cruz del Señor, está María. Es cierto que ha subido al Cielo con Cuerpo y Alma, pero no está lejos: allí donde se celebre una Misa la Señora acompaña de nuevo a su Hijo, **iuxta Crucem** (12). Está junto a la Víctima que se inmola por nosotros.

No quisiera terminar sin recurrir de nuevo a Nuestra Madre con las mismas palabras que empleó Pablo VI en la reanudación del Concilio Vaticano II: «María, mira a tus hijos: dirige tu mirada a nosotros, hermanos, discípulos, apóstoles y seguidores de Jesús. Haz que seamos conscientes de nuestra vocación y de nuestra misión. Haz que no seamos indignos de asumir en nuestro sacerdocio, en nuestra palabra, en la entrega de nuestra vida por los fieles, que se nos han confiado, la representación de Cristo. Haz, ¡oh, llena de Gracia!, que el Orden Sacerdotal —que hoy te venera— sea como Tú, santo y sin mancha» (13). Amén.

(1) Ad I Vesp. Resp. (2) J. ESCRIVA DE BALAGUER, **Sacerdote para la eternidad**, Madrid, 1973, P. 10. (3) I Cor IV, 1. (4) Cfr. PABLO VI, **Alocución**, 13-XI-65. (5) Cfr. CONCILIO VATICANO II, Cons. Dogm. **Lumen Gentium**, n. 10. (6) JUAN PABLO II, **Homilia durante la ordenación de nuevos sacerdotes**, Río de Janeiro, 2-VII-80. (7) J. ESCRIVA DE BALAGUER, op. cit., p. 20. (8) J. ESCRIVA DE BALAGUER, op. cit., p. 21. (9) JUAN PABLO II, **Carta a todos los sacerdotes de la Iglesia**, Typis Polyglottis Vaticanis, 1979, pp. 13-14. (10) Cfr. I Pet I, 18. (11) JUAN PABLO II, **Encíclica Redemptor Hominis**, n. 20. (12) Io XIX, 25. (13) PABLO VI, **Alocución**, 1-1-X-63.